

logo y filólogo Estanislao Van Hutten. Este enunciado puede parecer grandilocuente en la faja que asegura, como un precinto de calidad, un libro con pretensiones de *best seller*. En especial, si ese libro está escrito en tierras extrañas y por un ignoto periodista de la antigüedad. Pero, en realidad, se trata de la situación con que se inicia la última novela publicada por Abelardo Castillo: *El Evangelio según Van Hutten*.

Lo primero que llama la atención es la tersura que exhibe la escritura del libro: Abelardo Castillo recupera la versatilidad verbal y la pericia narrativa propia de muchos de sus cuentos, intento no del todo logrado en una novela de largo aliento, como *Crónica de un iniciado*, razón por la que los lectores de Abelardo Castillo se aseguran un reencuentro con lo mejor de este escritor por demás reconocido.

El otro aspecto está relacionado con la trama que Castillo propone en su novela. A partir del planteo de un enigma por parte de Van Hutten, alguien que reúne dos disciplinas que lo reubican en la antigüedad (recordemos que Van Hutten es filólogo y arqueólogo) y que, por consiguiente, tiene de ella una perspectiva directa, este profesor de historia, que es el narrador innominado de la novela, y que viene de tres rupturas matrimoniales, circunstancias que lo perfilan como un individuo desquiciado, inicia un camino de insospechada resolución.

A medida que se avanza en la trama, se proponen cuestiones que no se descifran del todo, dejando al lector en una incertidumbre que lo obliga a seguir la lectura. Pero también la novela es un palimpsesto, es decir, es «un escrito sobre otros escritos: la novela es una reescritura de lo que Van Hutten escribió» sobre fragmentos de los rollos del Mar Muerto. Por eso esta novela despierta el interés del lector: por una parte, porque cuando en apariencia el enigma va a resolverse, surge otro; y por otra, porque el texto se elabora con una escritura que se multiplica en otros textos.

En este plano, la novela admite, al menos, dos aproximaciones: una, que reconstruye la experiencia de Van Hutten como arqueólogo y como filólogo, que tiene a cargo el descubrimiento de importantes documentos, en las cercanías del Mar Muerto, relacionados con textos de evangelios y de escrituras bíblicas, que arrojarían nuevas e inconvenientes luces respecto de la actuación de Jesús y sus vínculos secretos con la secta de los esenios. La otra lectura tiene que ver con la investigación que realiza el narrador, que es también protagonista de la novela, y que, en cuanto pesquisa involuntario, intenta reconfigurar las relaciones que le van entretejiendo los personajes, encabezados por el propio Van Hutten.

En efecto: el narrador se ha ido encontrando con un grupo de indi-

viduos que actúan de tal manera que parece como si entre ellos hubiera un pacto, que el mismo lector tendrá que develar. Todos proceden como si formaran parte de una profusa red, que va mostrando sus hilos a medida en que se avanza por uno de ellos pero que, cuando uno se detiene y levanta la cabeza, se da cuenta de que esa red no tiene fin.

Van Hutten parece urdir una trama que se moviliza hacia adentro y hacia afuera del círculo de sus relaciones. Hacia adentro, cuando intervienen Hannah –la mujer de Van Hutten–, el doctor Golo (Golobjubov), Vladslac y Christiane, y hacia afuera, cuando proyecta su experiencia de arqueólogo, cuyas investigaciones sobre los rollos del Mar Muerto le van a revelar aspectos desconocidos de la existencia de Jesús y de su actuación como punto de partida de una religión en la que el misterio no admite otra posibilidad que la contemplación.

El Evangelio según Van Hutten es una novela que trata de recuperar el placer por la lectura en un texto construido con prolijidad y que, además de ofrecer entretenimiento, propone al lector algunas instancias reflexivas que se habían empezado a ausentar de la narrativa actual. Me refiero a que no es una novela escrita para escritores o para profesores de literatura, en la que el juego se abre para la resolución de un pro-

blema con límites estrictamente intelectuales. Abundan las novelas de excelente factura, pero de las que sólo puede disfrutar un lector especializado. Abelardo Castillo ha sabido elaborar un texto que, por una parte, interesa a quien busca buena literatura; pero también en ella es posible encontrar aquello que nos compete a todos, lectores especializados y no especializados, que tiene que ver con la condición del individuo frente a una situación que lo supera y que en sus mínimas posibilidades trata de explicar lo que está más allá de él mismo.

Con lo anterior quiero decir que esta novela de Abelardo Castillo reconcilia al lector con la literatura, lector ávido pero avasallado de tanto libro olvidable, pobremente escrito, de posibilidades literarias exiguas, cuando no se trata de un producto editorial que cubre las expectativas lectoras de un momento preciso, alentado por la misma editorial. Esto explica la reedición de tantos clásicos y la reedición de tantos buenos libros de autores contemporáneos que, por las urgencias editoriales, habían desaparecido de los anaqueles de las librerías.

El Evangelio según Van Hutten es una obra «nueva» de Abelardo Castillo, pero cumple con la pauta del deleite provechoso que aquellos clásicos nos proponen desde siempre.

Daniel Teobaldi

Los libros en Europa

Pintura y sociedad en la España de Velázquez, Isabel Sánchez Quevedo y Miguel Morán Turma, Madrid, Akal, 1999, 173 pp.

A través de un intenso trabajo de recopilación y ordenación de datos se nos ofrece en este libro un interesante panorama de la situación del artista en la España de Velázquez. Un libro de interés para historiadores, teóricos y sociólogos del arte que ayuda a comprender el tránsito desde la condición del artista como artesano manual a su elevación a artista apreciado por los poderosos. Colocar al artista en su cotidianeidad ayuda a comprender cómo la resolución de diferentes problemas teóricos —el ser del artista, la individualidad o no de la expresión artística, la relación entre originales y copias, etc.— está condicionada y, al tiempo, era decisiva para identificar socialmente al artista.

Puede que un lector actual se sorprenda ante la abundancia de contratos, ordenanzas, exámenes y pleitos que rodearon la vida de los artistas durante el siglo XVII, un momento decisivo en el que algunos de ellos pugnaron por conseguir el reconocimiento de su actividad como un arte liberal, algo que

alcanzaron en 1677. Entretanto pugnaban por sacar el mejor provecho de una normativa gremial de carácter proteccionista que establecía a menudo con prolijidad las condiciones en que era posible ejercer su oficio. Los autores nos hacen ver cómo las obras eran mayoritariamente de tipo religioso al igual que la clientela. La forma habitual de comenzarse una obra era un contrato mediante el que se la encargaba. La iconografía se fijaba generalmente con mucho detalle. Los conflictos relativos a la tasación eran frecuentes y sirvieron en algunos casos —son célebres los pleitos de El Greco— para hacer valer la dignidad del trabajo artístico. Con todo, también se vendían directamente pinturas de menor calidad en los talleres de los maestros y destinadas a una clientela poco exigente que desconocía la obra de los grandes artistas.

La lucha por el prestigio y por conseguir puestos ventajosos —como tasador oficial— daba lugar también a envidias y conflictos. Poblado de sabrosas y significativas anécdotas, este libro no olvida dedicar un capítulo al coleccionismo, así como a la moda de tener y mostrar cuadros junto con la controversia que suscitó.

De la pintura y otros escritos sobre arte, León Battista Alberti, *introducción, traducción y notas de Rocío de la Villa*, Madrid, Tecnos, 1999.

Hasta ahora el tratado sobre la escultura de León Battista Alberti no había sido traducido al castellano. De la traducción de 1976 del tratado sobre la pintura era imposible encontrar ejemplares en el mercado. Ambas obras, junto con una generosa selección de su tratado sobre la arquitectura, acaban de ser traducidas por Rocío de la Villa. De su extensa introducción hay que valorar positivamente no sólo la erudición sino también la frescura. De la Villa nos recuerda que Alberti es el primer teórico occidental del arte propiamente dicho. Influyó inmediatamente de tal manera que las cuestiones planteadas por Alberti siguen siendo temas de investigación en estética.

Alberti fue una de las encarnaciones más características del *uomo universale*: escribe sobre artes, ciencias, lengua, política... Consciente de los cambios que se estaban operando en las artes y en los modos de vida colectivos. Intelectual que pese a sus trabajos como secretario de cardenales y Papas no escondió su apuesta por una sociedad en la que la virtud había de plasmarse en el ámbito de lo público sin necesidad de admoniciones religiosas.

A menudo escribió en lengua vulgar. También su tratado *De la pin-*

tura, basado en el conocimiento directo de las prácticas, se dirige a los pintores corrientes para darles a conocer sus descubrimientos sobre la perspectiva. No renuncia, sin embargo, a realizar con el apoyo de la retórica, una defensa del valor cívico de las artes. Igualmente en la retórica se apoyará al señalar los aspectos definitorios de la pintura. Como forma simbólica, la perspectiva afianzará la racionalidad de la conducta humana. En *De la escultura* son las proporciones del cuerpo humano las que son objeto de interés matemático sin que pretenda, como ha señalado De la Villa, imponer fórmulas rígidas.

La belleza es el objetivo principal de las preocupaciones de Alberti quien considera al hombre como un ser dotado innatamente de un sentido estético difícil de satisfacer y ávido de experiencias.

Rafael García Alonso

Otra manera de leer «El Quijote», Augustin Redondo, Castalia, (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 13), Madrid, 1998.

La obra de Cervantes es un poliedro en el que han venido reflejándose –y seguirán haciéndolo eternamente– sucesivas generaciones de críticos, como ya apuntara Domingo Ynduráin en su edición en Tur-